



## Mercedes C. Echeverría de Vargas

(OBTUVO EL 1.<sup>er</sup> PREMIO DEL 1.<sup>er</sup> TEMA DEL 2.<sup>o</sup> CERTAMEN DE LA REVISTA CATÓLICA).

Es hija de Don Felipe S. Echeverría y de la digna é inteligente señora Dolores Gálvez de Echeverría, quienes, después de algunos años de matrimonio, se trasladaron de Santiago á Chillán, en donde nació nuestra autora.

Muy joven principió á ocuparse en la instrucción, al lado de su hermana Domitila, actual Directora de un establecimiento superior.

Tres años después de su matrimonio se instaló en el fundo Chicaumita, en donde fundó una escuela gratuita para los hijos de los inquilinos del fundo y de los alrededores.

Oculta bajo un seudónimo, ha colaborado en algunos diarios de Santiago y ha publicado un folleto contra el Espiritismo y una Cartilla Apícola.





# Costumbres sociales ó Conversaciones íntimas de Marta y Laura

(Primer premio del I tema).

## DEDICATORIA Á LOS PADRES DE FAMILIA

No he encontrado á quien mejor dirigir este pequeño trabajo que á vosotros, señores.

La sencillez del estilo en que está concebido, tal vez no os gustará á vosotros que tenéis vasta ilustración y vuestro tiempo tan medido, pero os ruego que tengáis paciencia y leáis hasta el fin.

Estas Conversaciones *íntimas*, encierran, aunque reservadamente, virtudes y vicios sociales, que á vosotros os conviene acentuar ó extirpar, porque sois, ó los primeros beneficiados ó las víctimas más inmediatas.

Formar en la virtud el corazón de la mujer, es un problema resuelto que no cabe discusión. Hacerla descreída y sin fe, es una locura.

—De Uds., Señores,

M. A. S.

La Autora.

---

## Conversaciones íntimas de Marta y Laura

### CONVERSACIÓN 1.<sup>a</sup>

LAURA.—.....Cuando supe tu llegada, no veía la hora de venir á abrazarte, querida Marta ¿Por qué has demorado tanto tu vuelta?

MARTA.—Me acordaba mucho de ti, pero amiga mía, me sentía tan bien de salud, á mis hijos (porque mis hijas casadas me han acompañado todo el tiempo) los veía tan tranquilos y felices, corriendo todas las mañanas, desde el alba á caballo formando una caravana, trepando cerros y recorriendo los campos y prados vecinos y visitando de paso á nuestros pobres inquilinos, que no me resolvía á emprender mi viaje. Por otra parte, estando allí, vemos las necesidades que es necesario remediar.

LAURA.—¿No tienes administrador que te dé cuenta de todo?

MARTA.—Como son dos haciendas unidas, tengo los suficientes empleados, y son excelentes sujetos; pero es imposible que dejen de escapárseles detalles particulares. Sólo los dueños de casa tenemos el interés de indagar aquello que creemos necesario para remediar las necesidades.

Si oyeras contar á las niñas los episodios, las miserias que han presenciado en las mismas casas de estos pobres. Una de ellas me decía: ¡mamá, si una debía vivir aquí, para ayudar á esta pobre gente, si sufren mucho los pobres!

LAURA.—¿Qué raro es que les guste el campo, cuando ellas son tan sociables! Lo que es á mí y á mis niñas, nos aburre en alto grado. Cuando vamos á la hacienda, salimos muy poco, como no nos faltan convidados. Sólo cuando tenemos alguna invitación fuera del fundo, lo hacemos con gusto, y una que otra vez que Roberto, mi marido, nos insta para que vayamos á ver algún paraje que es de su gusto. Así es que, cuando se da la voz de partida, en un santiamén están todos listos, con pena de Roberto que él no quisiera quedarse solo.

MARTA.—¿No visitas á tus inquilinos?

LAURA.—Nunca, pero si no tengo necesidad. En cuanto llegamos, principian á fastidiarnos con sus importunas visitas, llevando sus ataditos y frioleritas, que no nos dejan vivir, y todo es porque una les repague lo que llevan. Así es que, este año, para verme libre, di orden expresa al administrador, para que él los recibiera.

MARTA.—¿Pobres! Así son, se valen del pretexto de llevar un regalito para acercarse á sus patrones; pero es necesario atenderlos. En la posición que ocupan, no les es dado manifestarse de otro modo; pero no podemos hacernos desentendidos. Antes debemos agradecerles, Laura, porque nos vienen á recordar que debemos cumplir con un deber.

LAURA.—¿Qué llamas deber, amiga mía, si trabajan, no se les paga su salario?

MARTA.—¡Ay, Laura! Un pobre que trabaja desde el alba hasta el anochecer, soportando las inclemencias del tiempo, el frío y el calor, para mantener quizás una numerosa familia ¿Cómo quieres que le baste un escaso jornal para el sustento de tantos?

LAURA.—Sí, tal vez no tendrán mucha abundancia; pero lo que está probado es, que por cariño, no la visitan á una; la prueba es, que dándoles un retorno, como ellos llaman, no se presentan jamás.

MARTA.—Permiteme que te diga: no lo hacen ya, por no incomodarte, y peor todavía, cuando no han logrado verte. Fíjate, mi amiga, que disimuladamente, te piden una limosna.

Para conocer los sufrimientos del pobre, no basta mirarlos de lejos, es necesario acercarse, ir donde se encuentran ellos; penetrar á sus pobres viviendas; mirar su desvencijado mueblaje; indagar qué es lo que comen, pobres gentes! Llenos de fe, tienen la *esperanza* que llegando sus patrones, les harán la *caridad* de favorecerlos y salir de su aflicción!

Es necesario, amiga, ver todo esto y se piensa de otro modo.

LAURA.—¿Tú lo haces, Marta, de ir y entrar á los ranchos?

MARTA.—Por costumbre, amiga mía, visito una ó dos veces á cada familia durante mi estadía en el fundo, y entonces sin hacérselos comprender me impongo de lo que más necesitan. Mi niña menor, que siempre va conmigo, toma nota en su pequeña libreta.

He dado orden á mi administrador, que en mi ausencia atienda con afabilidad á cada uno de ellos, y cuando estoy allí á nadie prohíbo la entrada. Les recomiendo, encarecidamente, que vigilen y prueben la comida que se da á los trabajadores, porque he podido notar que se abusa, descuidando darles buen alimento.

LAURA.—Los pobres son generalmente muy ingratos, y sin embargo, yo les he dicho que no los traten mal.

MARTA.—No basta la orden, mira, es necesario que la practiquemos nosotras mismas como dueñas de casa.

Si nuestros inmediatos empleados ven que sólo de palabras somos bondadosas, ellos no se cuidan en nuestra ausencia de ser más amables y, crême, amiga, se permiten hasta hacerles sufrir y nosotros no llegamos á saberlo.

Los pobres son tímidos y las más veces ahogan en su corazón la voz que debieran levantar pidiéndonos justicia.

LAURA.—Yo encuentro á estos infelices, duros, retraídos y parece que no quieren á nadie, ni á sus patrones.

MARTA.—Pero, amiga mía ¿no comprendes que resentidos tal vez de la indiferencia ó el rechazo de aquellos seres que debieran hacerles más llevaderas sus penas, es muy natural que á su vez, quieran alejarse, las más veces, como enemigos?

LAURA.—Pero, si son tan exigentes, no se hartan de pedir y sacar las ventajas que pueden!

Ahora mismo abrumaban al administrador porque les había subido, por orden de mi marido, algo más el canon de las tierras.

MARTA.—Y tú, ¿no les encuentras razón, Laura?

LAURA.—Sí, algo debe afectarles; pero también una debe sacar las cuentas que cada día los gastos de la familia aumentan y todo se hace poco para atender á tantas exigencias.

MARTA.—Ahí tienes tú, amiga mía, una medida que encuentro inhumana y que por desgracia tiene muchos imitadores.

No sé cómo pueden tener suficiente valor para querer hacer ahorros imponiendo contribuciones, ya subiendo los arriendos ó de otro modo, á los pobres inquilinos que carecen de lo indispensable para vivir. En vez de allanarles los inconvenientes que los rodean, los afligen de una manera cruel. Estos señores no se fijan probablemente que esos pobres á quienes apremian, tienen en su mano los medios para arruinar á los mismos que los tiranizan.

LAURA.—¿Cómo es eso, Marta? ¿de qué medios pueden valerse?

MARTA.—Como se cuida tan poco de instruir á estos pobres y no tienen esa educación moral que refrena los malos instintos, resulta que comparan su triste situación y la vida miserable que se ven forzados á llevar, con la abundancia en que nadan sus patrones. Divisan el suntuoso y elegante palacio de sus amos y ellos arrollados soportando las fatigas del trabajo diario, bajo el pajizo y sucio techo de una choza.

Comprenden además la utilidad que ellos nos prestan, faltos de paciencia, atacan con los medios que tienen á su alcance, y esa mala voluntad, esas malas intenciones nace ¡muchas veces! de la herida que llevan estos pobres, dentro de su corazón, por el cruel y despótico tratamiento de los patrones.

LAURA.—De manera que ¡también se enojan, también se vengan!

MARTA.—Pero, mi amiga: suponte que hay hacendados que gastan fabulosas cantidades de dinero en fabricar no sólo en las ciudades, sino también en sus propios campos, suntuosísimos palacios; luego después no se detienen en arrojar el dinero en todo aquello que su caprichosa imaginación les sugiere y les viene la idea que el pobre inquilino ha de contribuir con sus debilitadas fuerzas, quitándoles parte del alimento de sus hijos para satisfacer sus locas vanidades.

¿No crees sentir, amiga mía, el clamor de sus pobres corazones al sentir, no la mano cariñosa, ni la sonrisa compasiva que les dé aliento, sino pesando sobre sus cabezas la mano de hierro de sus patrones?

LAURA.—Sí; tal vez sería mejor dejarlos con sus antiguas costumbres. Pero, Marta, tal vez tú te engañas creyendo que los pobres son agradecidos.

MARTA.—Ó tal vez tú te equivocas, amiga mía.

Los pobres, en realidad, son agradecidos; generalmente son humildes y muchas veces en ellos se encuentra más fidelidad; ellos no entienden de adulaciones, ni hipocresías, son sencillos y naturales. Como te he dicho antes, Laura, es indispensable tratarlos de cerca, familiarizarse con ellos; que comprendan que entre el rico y el pobre sólo hay la diferencia de la fortuna; que ambos están ligados por los mismos sentimientos humanitarios, que ambos obedecen á una misma ley, que son los Mandamientos de Dios.

Nó, Laura, en vez de ese rigor, debemos suavizar los sufrimientos del pobre, el orgullo jamás deben columbrarlo. Á la mujer toca principalmente ampararlos y confortarlos.

LAURA.—Eso no puede ser: ¡es imposible familiarizarnos con los pobres, nos faltarían al respeto!

MARTA.—No debemos apurarnos porque nos respeten, querida Laura. El respeto natural y verdadero de los pobres hacia nosotros, es el cariño que nos profesan cuando conocen que los amamos; pero si ven que despreciamos su miseria, el respeto verdadero no existe en ellos sino en apariencia. Lo que verdaderamente sienten es el temor, el odio á quien los trata mal.

No hay razón para alejar y huir de los pobres. Debemos tratarlos con amor, porque son hijos de un mismo Padre; de consiguiente, son nuestros hermanos.

Debemos ayudarlos por deber y por conveniencia; sin los pobres, no habríamos ricos, y sin los ricos, podrían vivir los pobres.

El pobre es la palanca que mueve y hace girar la fortuna del rico.

¡Con qué gusto reciben un obsequio estos pobrecitos!

¡Lo que á nosotros nos cuesta solamente privarnos de un capricho, á ellos les sirve de tanto beneficio!

Si se les da un abrigo á esos viejos trabajadores ¡cómo les llega á tiempo para cubrir sus entumecidos cuerpos! ¡Ay Laura, á nosotros no nos atemorizan los fríos del invierno, tenemos confortables salones y juntamente con entrar esta estación, se inicia para nosotros una vida de placer.—Los pobres ¡qué diferencia! ¡tiritan de frío sin fuego y sin luz.

LAURA.—¡Infelices!

MARTA.—Debemos, Laura, atender á nuestros inquilinos, además son nuestros servidores y están en nuestra propia casa, y á todos los pobres que estén á nuestro alcance. Á los inquilinos no sólo debe dárseles su salario que lo ganan con el sudor de su frente, sino proporcionarles su bienestar del mejor modo posible y con el cariño de hermanos en Jesucristo.

La caridad debe principiar por nuestra propia casa.

Tengo la convicción de que nuestros inquilinos aman á mis hijos. El día en que nos vinimos, se unieron todos espontáneamente á venir á dejarnos á la estación y se despidieron con el mayor respeto y cariño.

LAURA.—Pues, á nosotros, hijita, vinieron sólo los sirvientes de la casa, y todavía, haciéndonos varias torpezas. Dime, ¿así los podré querer? Esas manifestaciones de cariño que te hacen, yo me alegro de que te las hagan; pero lo que es á mí, ni á mis hijos, no nos las hacen.

MARTA.—Oyeme, Laura. Ya sabes cuánto te quiero y creo que estamos correspondidas. No extrañes, pues, que sea franca contigo.

LAURA.—Háblame como tú quieras, ya sabes que eres la amiga en quien creo y en quien deposito toda mi confianza; pero dime: ¿Cuales son tus costumbres para con los pobres, que te tienen tan encantada y hablas tan bien de ellos?

MARTA.—Amarlos. Si los amo, es natural que haga por ellos cuantos bienes me sea posible. Estoy convencida que «El bien supremo es la virtud», como ha dicho Sócrates. He principiado por enseñarles á ser virtuosos.

LAURA.—¿De qué modo?

MARTA.—Principiaré por decirte que tenemos una bonita capilla de la Inmaculada Concepción; ahí se reúnen los domingos. Antes de oír la misa, se les hace una corta instrucción sobre los deberes para cumplir con la Religión Católica, se les enseña además el modo de practicar los Mandamientos de la ley de Dios. Á nadie se le impone esta asistencia;

pero casi nadie falta y lo hacen con gusto y devoción; nosotros por supuesto no faltamos.

Tenemos una escuela, sostenida por nosotros, y tienen obligación de mandar ahí a sus hijos. Reciben una instrucción adecuada a lo que necesitan saber. A las niñas se les enseña algunas labores que les habrá de ser útil.

LAURA.—¿Por qué gastan en escuela, cuando podían pedirla al Gobierno?

MARTA.—Si podemos hacer este gasto, suprimiendo gastos superfluos, ¿no será más acertado que sacrificar al Erario?

LAURA.—Nadie se fija en ello, todos tratan de sacar lo que les conviene.

MARTA.—Efectivamente, Laura, son muchos los que tratan de vivir a costa de la Nación. Si así hubiera de continuar, ya veríamos al pobre país, abatido al extremo de no poder levantar. Como te iba diciendo: las habitaciones, ya de paja ó de teja, son cómodas, ventiladas y extensas, con su pequeño huerto que ellos se encargan de plantar.

Eduardo, mi esposo, estableció un botiquín, con remedios generales que pueden administrarse sin la presencia del médico; da resultados felices, recurre ahí todo el que lo necesita.

Mis niñas se han hecho muy aptas para administrarlo, principalmente Magdalena. Cuando están allá, son ellas las boticarias, visitan a los enfermos, les aplican los remedios y los atienden con mucho interés. En esta vez, han arreglado confortables asientos para cuando vayan enfermos.

Además, hay una sala arreglada con doce camas para los enfermos que no tengan su familia dentro de la hacienda.

En el edificio de la escuela, se ha hecho una sala destinada para representaciones, cuyos artistas son nuestros amigos de vacaciones ó los alumnos de la escuela. Para estos actos se invita a los inquilinos. Estos entretenimientos les sirve de cultura. Se presentan a estos actos contentísimos y con sus pintorescos trajes domingueros. Berta, Alejandra y Luis son los directores de escena.

LAURA.—¿Por qué no me has invitado?

MARTA.—Te prometo hacerlo la próxima vez. Para el cumpleaños de Berta, nos encontramos allá. Sin duda habría convenido con su marido el modo de celebrarse, lo cierto es que, dos días antes, llegó una especie de cargamento, ¿sabes qué era? Habían gastado un platal en cortes de vestido, mantas, pañuelos, frazadas, lienzos y que sé yo cuántas cosas más, para regalar a cada casa de los inquilinos. Desde ese momento principiaron todos a hacer la distribución, a fin de que los paquetes estuvieran listos para el día de Berta. Convidaron a los jefes de cada casa a un almuerzo, el cual fué servido por mis hijos y varios jóvenes pertenecientes al Patronato de Santa Filomena, muy amigos de Luis. Se amenizó el almuerzo con una estudiantina compuesta de bandurrias, guitarras y mandolinas. Al final, fueron obsequiados con un paquete y algunas monedas para el bolsillo.

LAURA.—¿Cómo se irían de contentos!

MARTA.—¡Muy contentos! ¿qué echarles de bendiciones! Yo lloré de gusto, mira, porque me acordé, «¡que la oración del pobre, la oye Dios!»

LAURA.—¿Qué bonito, no? Francamente, Marta, debe gozarse cuando las cosas están tan bien ordenadas, pero me admira ¿Cómo puede llegarse á conseguir tanto orden? Por ejemplo: si yo quisiera hacer igual cosa, ¿crees que pudiera conseguirlo?

MARTA.—¿Por qué nó? igual ó mejor que nosotros, todo lo hace la voluntad, amiga mía.

LAURA.—¡Ah! tú no comprendes cuál es mi situación entre los míos..... Estoy segura que si yo intentara poner en práctica algo de lo que tú haces, no hallaría quien me secundara; me vería confundida y ridiculizada por mis mismos hijos. Sin embargo, mi conciencia me dice, que tu proceder es grande y noble. Yo juntaré mi plegaria á esos pobres, bendiciéndote á ti y á tu familia!

MARTA.—Gracias, amiga querida. ¿Por qué no implantas este orden y ayudada por tu esposo, tus hijos acatarían tu voluntad?

LAURA.—¡Nó.....: te digo que se burlarían, no obedecerían mis órdenes y sería un nuevo martirio para mí!

MARTA.—Pero Laura.....inténtalo, no con los pobres de tu hacienda, sino con los que aquí nos rodean.

LAURA.—.....¡Menos, todavía!

MARTA.—No me explico.....tu tienes corazón y .....

LAURA.—Te lo explicarás, cuando yo te abra mi corazón; cuando te haga ver las heridas de mi alma; cuando conozcas el hielo que me rodea; cuando al fin veas mi desesperación!

MARTA.—Amiga mía ¿qué te pasa? ¿cómo es que te veo tan abatida?

LAURA.—¡Ah.....Marta.....Mi hogar se parece á un pequeño trozo de madera, que flota en la confluencia de dos ríos y sirve de juguete á esas corrientes.....!

MARTA.—Por Dios, amiga.....

LAURA.—Me voy.....mañana volveré. Necesito que me hables.....tus palabras penetran y refrezcan mi corazón como á la flor marchita cuando recibe el rocío de la mañana.....Adiós.

MERCEDES C. ECHEVERRÍA DE VARGAS.

(Continuará).



Sus esfuerzos no fueron vanos. Los reunió al pie de la cruz, corrigió sus costumbres y les enseñó á amar y venerar á la Madre de Dios, cuya imagen conservaba. Estaba floreciente ya aquella misión, imitada de las que habían establecida en otras regiones de América los Jesuitas, cuando un levantamiento general de los indios concluyó con la iglesia, que fué quemada, junto con las chozas cercanas. El padre Aranda, atado al poste del martirio, murió bendiciendo á los que le mataban.

ERNESTO RIQUELME,  
Presbítero.

Santiago, Octubre 1.º de 1904.

## Conversaciones íntimas de Marta y Laura.

(Primer premio del Tema).

(Continuación)

### CONVERSACIÓN 2.ª

LAURA.—.....Pero tus hijos son unos ángeles: ¿cómo has hecho para que sean perfectos?

MARTA.—Te doy las gracias; pero exageras que sean perfectos. En realidad estoy contenta de ellos, porque hacen la delicia de mi vida.

LAURA.—¿Qué secreto tienes, Marta, para hacer que tu familia sea un modelo de bondad? Casi en igual condición de fortuna que tú, con igual número de hijos y mi casa.....¡oh, sólo puede compararse al infierno!

He dado gusto á mis hijos en todo cuanto han querido, ¿quién los ha contrariado jamás? Sin embargo, grandes ya, ¡no conocen el amor de su madre!.....Me contrarian en todo y á cada paso. Ellos son voluntariosos, displicentes, antojadizos ó indiferentes!..... Discúlpame, Marta, que me exprese así de lo que me es más querido. En el mundo, sólo contigo puedo tener tal desahogo, sólo á ti, que eres mi única amiga, puedo abrir mi corazón y llorar con desconsuelo la desgracia de mi hogar!.....Mi marido, si bien se empeña en que nada nos falte, creyendo que esto solo nos basta, nos deja casi siempre abandonados. Para él su hogar no tiene atractivos.....ni tampoco tiene para mis hijos, ni para mí, querida Marta, y buscamos todos fuera de casa lo que no podemos encontrar en la nuestra. Dime, ¿podrá haber mujer más desgraciada que tu amiga?

MARTA.—¡Ay, Laura!

LAURA.—Mi hijo Alberto sigue el ejemplo de su padre; piensa solamente en gastar y derrochar, sin ocurrirsele trabajar, porque dice: ¡Mis padres son ricos! Mis hijas cambian de traje cuantos días tiene el año, y siempre se encuentran molestas, y me culpan y me fastidian con sus locas exigencias. Para ellas el lujo es su dios. El deseo de sobresalir no las detiene, y avanzan cada día, inventando nuevos caprichos.

El lujo y las novelas, he ahí la preocupación constante de mis pobres hijas; y yo, pobre mujer orgullosa, soporto y llevo adelante estas frivolidades, porque el amor propio me vence. No logré detener esa avalancha de ideas absurdas; el mal cunde, y no puedo aún tenerlas contentas!

En la soledad de la noche, en vez de entregarme al reposo, lloro desesperada, para aparecer al día siguiente, serena, en medio de esta sociedad indiferente que me rodea.

Yo fui hija única de una madre que me idolatraba; siempre hice mi voluntad, fui querida, mimada y hasta adulada por los que rodeaban a mis padres, y hoy ¡qué diferencia! En pago de mi descendencia, recibo de mis hijos el desdén más absoluto. .... ¡Lloro a tu lado, Marta, sólo aquí puedo llorar!.....

Hace días noté a mi marido con un semblante triste y un tanto pensativo (es casualidad que yo me haya fijado en esto, pues los compromisos de mis relaciones me dejan poco tiempo para ello); le pregunté si estaba enfermo: me contestó de mal humor: enfermo nó, pero sí, muy contrariado. Cada día, dijo, se me hace más difícil el sostenimiento de esta casa; tú y yo, Laura, hemos formado un nido de vboritas que acabarán por picarnos el corazón; esto es de lo que tratan al presente.

¡Cómo! le dije, ¿en qué te fundas para decirlo?—En lo que veo a mi alrededor. ¿No sabes tú que Alberto vino en días pasados a pedirme más dinero, y como me negara a dárselo, me amenazó, es decir, amenazó a su padre, con saltarse la tapa de los sesos, si no satisfacía su capricho?—¿Le entregaste el dinero que te pedía, le pregunté?—¿Qué quieres, contestó, al fin soy padre y accedí, para arraigar más en él la idea de los caprichos, que Dios sabe a dónde lo llevarán!

Tus hijas, agregó, ¿qué has enseñado a tus hijas? Sólo vanidad, orgullo y egoísmo. Mira las envidias y disensiones entre ellas, que continuamente presenciamos. Yo me encolericé y le dije: ¿Por qué me culpas a mí de todo cuanto sucede? Culpa es de ellas mismas, tuvieron maestro y no se aprovecharon.—Me interrumpió, sonriendo con ironía: Sí, tuvieron maestras; pero no tuvieron madre que las hiciera virtuosas! ¿Tú hablas de virtud, Roberto? le dije.—Contestó con mucha energía: Si yo no tengo virtud, tu ejemplo me habría atraído, viendo el buen resultado en tus hijas!.....Tomó su sombrero, y al salir de la habitación, se volvió hacia mí, y con un tono bastante elevado me dijo: Creo que muy luego podré noticiarte que estamos de bancarrota.

y que es más que probable que nos encontremos arruinados! y salió. Dime, ¿qué impresión causarían en mi ánimo sus últimas palabras! Más bien he querido olvidárlas, y creo que á nosotros no puede sucedernos tamaña desgracia!

Si llegáramos á ser pobres, saldriamos muy lucidos! Imagínate que esto no se me ha ocurrido jamás; ¿qué sería de mí, qué de mis hijas, qué de ese regalón de Alberto, que desde pequeñito aprendió á malgastar el dinero! ¡Oh! representaríamos un cuadro de miseria para desgarrar el alma, ja, ja, ja, ja!

Debe ser mentira de mi marido, ¿no te parece lo mismo?

MARTA.—¿Quién sabe qué alcance pueden tener sus palabras!

LAURA.—No debe ser sino que, como se acerca la llegada de la Compañía lírica y tenemos que abonarnos en el Municipal, luego los trajes de las niñas y otros gastillos indispensables que vendrían, ya principia á prevenir los ánimos; pero se equivoca, porque, no faltaba más, que por caprichos de él quedáramos en vergüenza! Mis hijas se enojarían, les darían ataques de nervios, y yo tendría que soportar este cúmulo de rabietas; por mi parte, yo no cedería tampoco. Si es verdad que está arruinado no sé cómo se las componga; pero lo cierto es, que, cueste lo que cueste, debemos abonarnos en el Municipal.

MARTA.—Y ¿si por desgracia fueran verdad las últimas palabras de tu marido?

LAURA.—¡Oh! ¿qué le vamos á hacer! Tú sabes que para establecer á las hijas deben hacerse sacrificios.

MARTA.—Pero nó hasta causar la ruina de una familia.

LAURA.—Como ya tuviste la suerte de casar tan bien á Magdalena y Bertita, no tienes para qué apurarte y Alejandrita es tan joven.

MARTA.—Va á cumplir 16 años. En días pasados me decía esta niña: mamacita, por favor no me exija que me case todavía, quiero vivir á su lado para gozar por muchos años de su cariño. Luis agregó: y para cuidarla, mamá. Yo sólo me casaría, si la mujer que yo amase fuera para Ud. una hija.—Que yo me encargaré de buscarte, ¿no es esto? le dije—«Nó mamacita, todavía no lo pienso».

MARTA.—Así viven mis dos hijos, rodeándome de cuidados y cariños.

Alejandra dice: mis preocupaciones son mi mamá y mis pinceles; y Luis: mi madre y la Clase Obrera. Tú sabes que este niño es tan activo y trabajador. Atiende nuestros intereses con la seriedad de un viejo y ayuda con sus consejos y ahorros á los Obreros y á la Sociedad de Estudiantes pobres, instituciones que le son muy simpáticas, porque dice: que son el porvenir de la Nación.

Magdalena y Berta, ambas son felices, amadas de sus esposos. La primera es la hija más querida de sus suegros. Berta es un pimpollo alegre y juguetón, que se levanta al alba á despertar y persignar á sus dos niños rollizos, para que vayan en seguida muy compuestos á saludar á papá.

LAURA.—¿No ves? Si hay personas que nacen con buena estrella, y una de esas eres tú, y tus hijos van envueltos en los fulgores de sus rayos.

Ya ves, mis hijas dicen que son hermosas; parece que no carecen de méritos, ellas son lujosas, elegantes, ninguna aspira á ser monja, y bodas, no hay ninguna todavía.

Dime ¿en qué consiste todo esto?

MARTA.—Hoy no contestaré á tu pregunta, querida amiga, porque se acerca la hora en que debo recibir en mi gabinete á algunas personas que hacen el favor de verme.

LAURA.—¡Ah! comprendo, son tus pobres que vienen á pedirte dinero ó que los recomiendes: ¿qué majaderos son! ¿no es verdad?

MARTA.—Suponiendo que sea lo que tú dices, ¿á una necesidad se le llama majadería? Si un pobre pide, ¿por qué no se le da? Si Dios me ha colocado en altura, ¿por qué no extiendo mi mano para subir al que está abajo? En ambos casos no hago un favor, sino que sólo cumplo con un deber. El rico ejerce un papel importante: es un tesorero que debe repartir con mucho tino el dinero que Dios ha puesto en sus manos.

LAURA.—Es decir, querida Marta, según tu criterio, ¿el rico no ha de gastar y darse gusto como mejor le plazca?

MARTA.—Eso es precisamente lo que sucede. En vez de compartir con los necesitados el tesoro que tiene en sus manos, se enorgullece y cierra su corazón á la caridad. Vuélvese demasiado egoísta, y mientras él goza, no se acuerda que hay viudas que lloran, ancianos que tienen frío y niños que tienen hambre.

El rico que no tiende su mano al desvalido no cumple con el mandato de Dios y tarde ó temprano pagará su indiferencia.

LAURA.—¿Es dura cosa tener que darlo todo!

MARTA.—No, amiga mía, no debemos ser pródigos; debemos cuidar, sostener y aumentar el tesoro, para que, como buenos empleados de Dios, sepamos distribuir la riqueza que Él puso en nuestras manos. El tesorero pues, Laura, no te afijas, se reparte para sí una buena parte de renta á fin de gozar y tener fuerzas para cumplir bien su tarea.

LAURA.—Pero, Marta, ¿te olvidas que el mundo tiene tentaciones y exigencias?

MARTA.—No, amiga mía; pero vamos al estudio de mi hija para que veas sus trabajos.

LAURA.—¿Qué ha hecho de nuevo esta graciosa niña?

MARTA.—Hizo un imagen de la Santísima Virgen, preciosísima, y quiere estrenarla en el mes de María, que principiaremos, como lo he hecho toda mi vida, el 8 de Noviembre. ¿No lo rezan en tu casa? Es una devoción tan simpática, que es rara la familia que no la tiene.

LAURA.—No, mira, nunca lo hemos rezado.

MARTA.—Esa reunión diaria de la familia durante todo un mes, recordando las glorias de María, debe ser muy grata á la Madre de Dios y nos ha de recompensar intercediendo por nosotros al Eterno Padre por los méritos de su Hijo N. S. J.

Alejandra viene llegando con su hermano de un paseito á la Quinta. Te dejo con ella y me voy á lo que dije; pero te espero mañana á la misma hora.....Adiós.

## CONVERSACIÓN 3.ª

LAURA.—..... Ya ves he sido puntual en acudir á la cita.....

MARTA.—Y yo esperándote de pie, amiga querida..... Tus hijitas ¿cómo están?

LAURA.—Creo que todas bien. Dos salieron en la mañana y no volvieron á almorzar; las habrán comprometido en casa de algún amigo. La menor es aplicada á beata, fué á misa y se pasó al centro á comprar algunas bugatelas; almorzó conmigo y también mi hijo Alberto. Pero nunca dejan de tener sus choquillos. Alberto, como en nada cree, se burla de Eudocia, porque ésta va á la iglesia, y ella lo satiriza de otro modo. Mas bien me retiré de la mesa por no incomodarme y pedí el coche. ¡Ah niños, si no tienen paz! ¿Y tus hijos?

MARTA.—Alejandra acaba de salir de aquí, después de darme un beso y se fué á pintar su Virgen.

LAURA.—¿Otra más?

MARTA.—Te contaré: El marido de Magdalena, que es una especie de artista, cuando vió la imagen que tú has visto, le pareció muy bien. Ahora se ha empeñado con Alejandra en que le haga otra igual, pero con la diferencia que retrate á sus dos hijitos arrodillados al pie de la Virgen, con el objeto, dice, de darle una sorpresa regalándola á su mujer en el día de su santo.

LAURA.—¿Qué idea de joven!

MARTA.—Pertenece á una familia muy religiosa, muy buena, y él es de un carácter encantador. Toca el violín á la perfección y aunque llegue cansado de sus trabajos, (pues es ingeniero), da un corto concierto, acompañándolo al piano Magdalena.

LAURA.—Lo conozco y hemos notado lo que tú dices.

MARTA.—Me he reído de la ocurrencia de mi niña. Sí, Enrique, le dijo con mucha gracia, te hago el cuadro como tú quieres, pero te advierto que no es de balde. Bueno, pequeña, le dijo él; pero no me lleves muy caro.— ¿Cuánto me das?—Será, ¿serán \$ 300?—¡Ay, qué bueno! Saltó de su asiento y se vino á abrazarme: mamá, me dijo ¿démelos á mí?—¿Para qué? le pregunté: Para comprarles muchas cosas á los niñitos enfermos del Hospital de la Infancia.

—Tuyos son, hija mía ¡Si vieras qué gusto tenía! Está apuradísima.

LAURA.—¿Qué niña tan angelical!..... Mira, lloro de gusto! ¡Si fueran mis hijas así!

MARTA.—..... Me recordabas ayer, que el mundo tiene tentaciones y exigencias. Cierto, Laura, las tiene, y á veces parece que fueran irresistibles; pero se pueden vencer.

LAURA.—No veo cómo pueden verse: si nos encontramos en posición elevada, ¿cómo quieres que no gastemos, en lujo, por ejemplo?

MARTA.—Me he explicado mal; no digo que no pueda gastarse en lujo, al contrario. En muchas ocasiones debe llevarse. Cada familia debe sostener su rango según la posición que ocupa. El lujo se ha inventado para las grandes fortunas; pero no me negarás, mi amiga, que el lujo es un microbio que se introduce hasta el alma y solo muere cuando todo lo ha corroído.

LAURA.—Y ¿cómo sujetar al microbio?

MARTA.—No permitiéndole entrar. El lujo, Laura, cuando se convierte en pasión y se apodera de la mujer, es peor que el horroroso vicio del alcohol en el hombre.

El lujo pervierte el corazón de la mujer, porque desaparece en ella el noble sentimiento de la compasión, vuélvese egoísta y parece como que nadie existiera, sino ella sola.

Imbuir ideas de lujo en el corazón de una niña, es el peor de los males que pueden inculcarse á una mujer, porque hará la desgracia de toda su vida y dará mal ejemplo á la sociedad.

LAURA.—¿Cómo viste, entonces, una mujer de posición, sin gastar lujo en sus trajes?

MARTA.—Con un lujo moderado, cuando las circunstancias lo exijan, ó sencillamente, vestirse con elegancia. El buen gusto para llevar un traje de poco costo, da mayor realce á la hermosura de una dama y se ahorra dinero para aumentar la fortuna de la familia y alcanza para socorrer al desvalido.

¡El lujo desmedido acarrea muchas desgracias, Laura!

Fijate que cuando se habla de lujo no es solamente en el vestir; más bien no entremos á analizar el interior de algunas casas, cuyo lujo da pena, porque es un verdadero derroche! Un hombre que ha permitido ese lujo á su familia y por desgracia llega un día en que no puede satisfacerlo, podemos fácilmente calcular ¿cuál será su afición al verse en situación tan desesperante!

Ahora, esas jóvenes, lujosas desde el principio de su vida, ¿crees que no se desdientan de aceptar á un esposo de virtud y relevantes méritos que haría la felicidad de ambos, si es que su fortuna no sobrepasa á la de ella? Y si aceptan á otro más rico, aunque carezca de inteligencia y de virtud, sin tomar en cuenta el amor que los ha de unir. Ahí tienes tú el principio de un matrimonio que no puede ser feliz, y la base no es otra que el desgraciado amor al lujo.

LAURA.—Vaya, Marta, voy persuadiéndome de que tienes razón.

MARTA.—¿Sí? Me alegro, amiga mía.

LAURA.—Me hablaste de desvalidos, te iba á decir: ¿Sabes que me choca la costumbre de esas reuniones de Caridad? Nunca he querido pertenecer á ellas.

MARTA.—En algo te fundarás para tener mala idea de esta Sociedad.

LAURA.—Es que tengo la persuasión, de que sólo lo hacen por vanidad. Tengo una amiga que forma parte de la Sociedad de.....pero es la vanidad en persona. Vieras con qué marcado orgullo cuenta las dadi-vas que hace: dice que gracias á ella viven tales y cuales familias, que ella da en particular esto ó aquello. Francamente te diré que esas alabanzas de sí misma, ese aire de protección que emplea para los demás, no encuentro que sea virtud, y mucho de hipocresía; así se me hace hostigoso y ridículo; como este tipo te podría citar varios en nuestra alta sociedad, que creen causar admiración y en esto cifran su gloria.

MARTA.—Verdaderamente tienes mucha razón para indignarte de tal proceder. Dios lo ha dicho: «Lo que dé tu mano derecha, que lo ignore la mano izquierda». No debemos hacer el bien humillando. Bastante mortificación sufre el que pide y recibe. El que da es el mejor pagado, porque siente en su corazón la satisfacción de haber hecho el bien. Particularmente podemos hacer muchos bienes; pero indudablemente una reunión de señoras de buena voluntad, es natural que pueda hacer mucho más. Por esto son convenientes las Sociedades de Caridad.

LAURA.—Me voy, amiga mía; pero, si no te molesto, volveré mañana.

MARTA.—Créeme, Laura, tengo un verdadero placer en conversar contigo, y además debemos concluir nuestros temas principiados, ¿no es verdad? .....Hasta mañana.

#### CONVERSACIÓN 4.ª

LAURA.—.....Te divisamos anoche con tus hijos en el concierto, ¿qué concurrido, nó? y ¡qué elegancia!

MARTA.—Yo tuve también el gusto de verte con tus hermosas hijas..... Mira, ¿vámonos al gabinetito azul que está cerca del taller de mi hija? .....

Este cuarto lo prefiero, porque encierra para mí tanto recuerdo querido! Los retratos de mis padres, de mi esposo, de mi segunda madre .....la biblioteca de Eduardo.

LAURA.—¿Segunda madre dices? ¿tuviste madrastra?

MARTA.—.....No, amiga mía.

LAURA.—Déjame ver más de cerca los retratos: Tu madre, ¡qué hermosa señora! y el caballero, ¡qué mirada tan tranquila é inteligente! Esta señora de rostro tan amable ¿cómo se llama?

MARTA.—Lucía Casanueva v. de Pradel. Mi hija mayor lleva su primer nombre: Lucía Magdalena.

LAURA.—¿Cómo entonces es tu segunda madre?

MARTA.—Para contestarte me bastarían dos palabras; pero Lucía Casanueva está intimamente ligada á un episodio de mi vida que me trae muy gratos recuerdos. En otra ocasión te lo contaré.

LAURA.—No te olvides de hacerlo pues, amiga mía. Volviendo á nuestra conversación anterior. Francamente, no veo claro, Marta, en qué consiste el contraste que hay en el carácter de tu familia y la mía.

MARTA.—Eso es cuestión de apreciación; yo encuentro á tus hijos muy amables y corteses,

LAURA.—¿Pero indiferentes con su madre!

MARTA.—Vas á permitirme, amiga mía, que me exprese con franqueza; pero te pido también que no tomemos por norma á tu familia ni á la mía; hablaremos en general, ¿te parece bien?

LAURA.—Convenido, si así te parece.

MARTA.—Yo creo que las virtudes ó males sociales que afectan á la mujer chilena, son debidos á la buena ó mala educación que se da á la juventud.

LAURA.—Hay tanto cambio en todo.

MARTA.—Sí, hay gran empeño en probar que la inteligencia de la mujer es superior á la del hombre y, de consiguiente, que es muy digna de conquistarse los laureles de la sabiduría.

Pienso casi igual con los que atribuyen tal inteligencia á la mujer; por la misma razón es que las madres, lo primero que han de hacer, es formar el corazón de sus hijos en la sana moral, que es la base de la educación cristiana. Sin esa base, la educación es deficiente, por no decirte, que es nula y de ningún provecho. Sin esa base, hasta la inteligencia tan decantada de la mujer se empequeñece.

¿Has visto alguna vez, Laura, una gota de agua cristalina, pendiente de la hoja de un arbusto á quien de repente hiere un rayo del sol naciente, convirtiéndola en el acto en un hermoso brillante que esparce vivísimos y multiplicados colores, imposibles de definir? Bien: ese rayo de sol pasa y el brillante y los vivísimos colores desaparecen; vuelve entonces á aparecer la gotita de agua, que paulatinamente sigue cayendo sobre una pequeña planta de violetas, que crece, da olorosas flores y perfuma una enamorada.

La gota brillante y de vivísimos colores que atrae por un momento nuestra vista y junto con desaparecer la olvidamos, es el fiel retrato de la mujer vana y frívola que, al desaparecer el brillo de la fortuna y de la juventud, no tenemos para qué recordarla. Por el contrario, la gota de agua que da su savia á la planta de violeta, me figura á la madre, á la mujer que, palabra por palabra, deja caer en el corazón de una niña la moral cristiana, que algún tiempo después dará felices resultados.

LAURA.—¿No me dirás qué llamas buena ó mala educación de la niñez? ¿qué niña, cuando está en estado de educarse, no tiene maestros?

MARTA.—Casi sin excepción todas los tienen; pero yo no hablo de la educación que instruye solamente en los ramos del saber humano, sino, como he dicho antes, de esa educación moral y cristiana que forma el corazón de la niñez haciéndole comprender el fin para que fué creada

y enseñándole al mismo tiempo que conseguirá ese fin si practica las leyes que dictó el mismo Dios.

La verdadera educación ha de ser razonada, debe hacérsele comprender a la niña, que está llamada en la vida a ser un miembro útil a la sociedad.

LAURA.—Pero todo esto podrán enseñarlo en los colegios.

MARTA.—Permiteme, amiga mía. Esta enseñanza debe ser esencialmente práctica, y la madre por sí misma ha de principiar desde temprano a introducir en el espíritu de su hija, poco a poco y sin esfuerzos, esa semilla bienhechora que más tarde dará preciosos frutos.

LAURA.—¿Es decir, que la madre está obligada a sacrificarse durante toda su vida?

MARTA.—El sacrificio de la madre llega hasta lo sublime; pero la enseñanza que ésta da a su hija no se llama sacrificio. El interés de preparar ese corazón inocente para la batalla de la vida, es una dulce tarea y Dios envía desde el cielo un rayo de su luz divina para iluminar y fortificar a las madres que cumplen con ese sagrado deber. No hay maestros como la madre para enseñar a su hija que Dios existe y rige los destinos del Universo.

LAURA.—La religión, creo que es muy necesaria para la gente del pueblo; pero la gente ilustrada no necesita mucho de ella.

MARTA.—El pueblo imita siempre a la clase más elevada en posición social. Si ve que éstos desprecian la Religión Católica, ellos acabarán por despreciarla también, y un pueblo sin religión trastorna el orden social, porque ella es la base de las buenas costumbres. Sin religión, no hay obediencia del pueblo a sus mandatarios; porque ese pueblo desconfía de los actos de justicia del mandatario incrédulo. Del mismo modo la madre irreligiosa no logrará implantar el orden en su propia casa. La libertad de creencias dentro de una familia forma la desunión. El primer castigo de la madre irreligiosa es la desobediencia de los hijos.

Un filósofo ha dicho: «La religión es el foco de todas las virtudes;» y Homero agrega: «La religión es la cadena de oro que tiene colgada la tierra del trono del Eterno».

LAURA.—Es verdad que la madre debe enseñar algo de esto a sus hijos; pero falta el tiempo, suele haber inconvenientes y.....

MARTA.—La madre de familia nunca debe encontrar inconvenientes para inculcar en el corazón de sus hijos una verdad de tanta trascendencia como es la existencia de Dios.

LAURA.—¿Será verdad, Marta, que Dios existe?

MARTA.—La existencia del Sér Supremo nos la enseñan la razón y la fe. La razón nos hace comprender que el mundo no es obra del acaso; para esto no hay más que admirar y observar el orden y la armonía del Universo. Los pueblos de la tierra en todos los tiempos y lugares han tenido idea de la Divinidad y han confesado la existencia de un

Ser Creador. Por el dón de la fe comprendemos la existencia de Dios con todos sus atributos y perfecciones.

LAURA.—¡Es admirable, sí, Dios existe!

MARTA.—El ateo que tal vez finge no creer y dice: Dios no existe, trata con malévola perversidad de quitar al hombre toda su esperanza, todo su consuelo en medio de todas las aficciones de la vida, y quita también al malvado el único freno que pudiera contenerlo.

Voltaire ha dicho: «Si no existiera Dios, sería necesario inventarlo.» Tal es la felicidad que tenemos creyendo con la fe de nuestra alma que Dios existe.

¡Una mujer religiosa hace la felicidad de muchos!

LAURA.—¡Ay! ¡Cuánto hay que batallar para enseñar estas verdades!

¿Desde cuándo es oportuno principiar esta enseñanza?

MARTA.—Desde que la niña principia á darse cuenta de sus actos. ¿Principiemos por la base?

LAURA.—Muy bien.

MARTA.—Principia á desarrollarse la inteligencia de la niña, llega á esa edad que manifiesta deseos de saberlo todo; así, pregunta: ese pajarito ¿por qué vuela? ¿por qué brillan las estrellas? ¿quién es el dueño del sol? etc. Este es el momento oportuno en que la madre, en dulce diálogo con su hija, contestando á sus preguntas, le da á conocer que más arriba de las estrellas hay una Existencia superior á todo lo más grande que hay en el mundo, que es el dueño del sol, de las estrellas, de los pajaritos y todos debemos adorarle y obedecer diez leyes que Él ha dictado y se llaman Mandamientos de Dios. Le dirá: todos somos hermanos: tú eres hermanita con la niña de mi costurera y de todas las niñas pobres que hay en el mundo, porque todos somos hijos de Dios que está en el cielo. Quiérelo mucho para que te ame á ti también y te lleve á la patria celestial. Es lógico que pregunte: ¿Cómo se va allá? Se le dirá: Siendo muy obediente á sus padres, muy caritativa con sus semejantes, muy humilde, muy buena y virtuosa como lo fué María, Madre de Dios, cuando vivió en este mundo. Ahora está en el cielo esperando y cuidando á las niñas virtuosas que trabajan y aprenden á coser. María nunca estaba ociosa, sin embargo que era muy señorita, porque su familia pertenecía á la estirpe real de David, y así trabajaba y quería mucho á los pobres. Así continuará sus sencillas enseñanzas, ampliándolas á medida que la edad avanza.

MERCEDES C. ECHEVERRÍA DE VARGAS.

(Continuará).





## Segundo Certamen de La Revista Católica.

---

### Conversaciones íntimas de Marta y Laura.

(Primer premio del I tema).

(Continuación).

Si la niña ve en su misma madre esas manifestaciones de amor á la Madre de Dios, tú sabes que el ejemplo tiene eficaz influencia, y lo primero que se despierta en la inteligencia de un niño, es la inclinación á imitar.

Además, el amor á María se acepta tan fácilmente, como que una fuerza misteriosa y divina debe haberlo dispuesto así. La niña comprende y distingue á María, como distingue el campesino, en medio de un jardín florido, á la dorada espiga que se levanta majestuosa ostentando sus granos.

Estas palabras dichas á una hija, con la sonrisa en los labios y las caricias que las madres saben prodigar á sus pequeñuelas, caerá en el tierno corazón de la niña, como cae la fecunda semilla cuando se esparce en un terreno virgen.

LAURA.—Efectivamente, esa constancia ha de poder mucho.

MARTA.—Y esa constancia es necesaria y el tiempo debe aprovecharse; si pasa éste, no puede recuperarse jamás.

La cualidad del trabajo debe inculcarse á las niñas, sin distinción de fortuna, desde sus primeros años.

LAURA.—¿Aunque sean ricas?

MARTA.—Ciertamente: ¿quién está segura, Laura, de lo que sucederá en el día de mañana? Carlo Magno hacía trabajar á sus hijas, porque temía que llegaran á ser pobres y quería que pudieran bastarse á sí mismas;

¡y era un gran Emperador! San Pablo se avanza más todavía, cuando dice, sin distinción de personas: «Si alguien no quiere trabajar, que tampoco coma».

LAURA.—¡Ay! según San Pablo, yo me moriría de hambre, ¡qué gracioso!

MARTA.—Verdaderamente, amiga, la fortuna es caprichosa, suele volarse á otras manos. De todos modos, una niña siempre habrá ganado con aplicarse al trabajo, porque se encontrará lista en cualquier caso adverso de la vida y no gustará de la ociosidad, que mortifica y engendra vicios, mal humor y fastidio.

LAURA.—Dime, Marta, ¿de esa manera has conseguido formar el corazón bondadoso que tienen hoy día tus hijos?

MARTA.—Eso no es lo convenido, amiga mía, hablamos en general.

LAURA.—Vaya, continúa pues.

MARTA.—Si se ha logrado que las virtudes de Fe, Esperanza y Caridad hayan penetrado en el corazón y la cabeza de la niña, ya no hay temor de que los microbios de que hablábamos en días pasados, penetren en el alma.

Parece que la mujer, al nacer, trae consigo sentimientos nobles y elevados; á la madre toca encaminarlos y fortificar el espíritu de su hija. ¡Ay de la madre que descuide asunto tan delicado! Llorará ella al lado de su hija, y ambas no tendrán consuelo.

LAURA.—¡Por Dios!

MARTA.—Ya ves, una madre no puede declinar en otra la tarea de enseñar la moral cristiana á su hija, que un día no lejano, cual robusto retoño, crecerá y florecerá en virtudes.

Cuando la mujer ocupa el puesto de madre y se ha educado bajo las enseñanzas de Jesucristo, pregunto: ¿qué enseñará á sus hijos?

LAURA.—Indudablemente, las mismas ideas que su madre le enseñara.

MARTA.—Sí: el amor á Dios y al prójimo, el amor á la Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, irá transmitiéndose de generación en generación. En los hogares en que hay *fe, esperanza y caridad*, también hay paz. Los hijos aman y obedecen á sus padres. La esposa cumple con los deberes de su hogar, con carácter sólido, pero flexible y con esa firmeza dulce, humilde y tranquila que enseña la religión cristiana. Por caridad, no habrá derroche en los intereses y se abstendrá de gastar desmedido lujo, porque traerá á la memoria que una parte de ese dinero servirá para aumentar la fortuna de sus hijos y remediar muchas necesidades del prójimo. Por caridad disimulará los defectos de otros y será bondadosa con todos.

LAURA.—En verdad ¡es un bello cuadro!

MARTA.—Bosquejemos este mismo cuadro, pero por el reverso.

LAURA.—¿Cómo?

MARTA.—Supongamos también á una madre que ama á su hija con delirio; pero que este mismo amor la ciega hasta no ver más que la carita preciosa de su hija. Á ésta se le permite todo, en nada se la contraría: rabia

con la sirvienta y si esta infeliz después de mucho batallar sujeta las manos de la niña para no verse zamarreada, rompe en amargo llanto, diciendo: «esta china me pegó». Entonces si que se hace justicia, hay la de San Quintín, á la cuidadora no se le oye, se atiende á la cólera de la niña y la causa se falla ahí mismo, despidiendo muchas veces á una fiel servidora.

LAURA.—Es la verdad, esto es muy común; pero ¿qué quieres, si son niños?

MARTA.—Á cada momento hay que perdonar á los niños; pero á cada instante debe dárseles una lección, haciéndoles suavizar el carácter. Porque, inflada la niña con los continuos triunfos de sus caprichos, continúa cada día peor, formándosele un carácter soberbio y voluntarico, que después es muy difícil cambiar.

Crece la niña y la agudez y el ingenio crecen también. Se le lleva á todas partes, declama cortos discursos ó poesías, que la mamá ha tenido la paciencia de enseñarle; toca un poquito en el piano, oye las conversaciones de todas clases que ruedan en los salones y las comprende muy bien. Entre la seda y el nansuk, ella elige la seda, porque es un vestido caro. Entre una cinta y una joya para el cuello, prefiere por supuesto la joya, porque es de mucho más valor. No acepta el traje que la mamá le presenta, porque dice que no le sienta, y la mamá se apresura á darle gusto.

Pero, vamos, á todo esto la joven señora cree que no es llegado el momento de enseñarle que hay Dios.

Sin embargo, la niña está iniciada en el arte de la coquetería, es decir, que ya está aprendiendo á mentir. Principia la vida de colegio; difícil es, si no imposible, que en esa cabeza penetre la idea de los estudios. Sus caprichos, sus gustos se han formado de otro modo; su vida de colegio será un caos que no la dejará tranquila y la madre tendrá que ser su abogada.

Sale del colegio con superficiales conocimientos; pero la madre la cree apta para introducirla en sociedad. Principia la joven á brillar por su esmerado lujo y apostura aristocrática. Luego después viene el *pololeo* tan de moda; las tarjetas postales con la multitud de complicaciones; y como divertimento natural, la lectura de novelas, cualesquiera que ellas sean.

Por fin, tenemos á la niña convertida en una joven hermosa y elegante, que brilla por sus superfluidades; pero su cabeza está vacía y su corazón cerrado para todo lo que es grande, porque en su alma no hay virtud.

LAURA.—Vaya, vaya, Marta, ¿qué cierto es esto!

MARTA.—La joven llega á ser esposa. ¿Qué de caprichos ha de soportar el infeliz marido! Ya que hablamos en intimidad y que nadie puede oírnos: sin freno para reprimir sus pasiones, sin poner atajo á sus caprichos, porque su corazón no lo ha ocupado jamás la virtud, se desborda en majaderías, rabietas, celos imprudentes é infundados, fastidios y susceptibilidades sin cuento! Nada diré de lo que á él le acontezca. ¡Dios les dé paciencia!

LAURA.—¡Ay, Marta, es la pura verdad!

MARTA.—Llega á ser madre. Pero ¿qué podrá enseñar á sus pobres hijitos? Nada más que lo que sabe ella, y al fin del tiempo habrá formado una graciosa familia de descreídos, sin religión y sin fe.

Llegan después las decepciones y amarguras de la vida; no hay la fortaleza necesaria para resistir las desgracias; no hay paciencia; no hay temor al más allá; no hay un Dios á quien clamar: entonces se emplea la firmeza que reprueba Fenelón, cuando dice: «Toda firmeza áspera, altanera é inquieta, es indigna» Viene entonces la desesperación y al mismo tiempo la desorganización del hogar doméstico y todo concluye, para continuar formando otros hogares desgraciados y perpetuando la raza de creaturas sin fe y sin Dios.

LAURA.—¡Pero yo he visto este mismo cuadro!.....  
¡Oh Dios mío, lo tengo muy cerca de mí!.....  
Debo irme, porque tengo convidados á comer; pero no sabes, Marta, ¡cuánto siento separarme de tí! ¡Ah, si te hubiera conocido mucho antes, quizá mi dicha no habría concluído!.....Hasta mañana.

#### CONVERSACIÓN 5.<sup>a</sup>

LAURA.—..... Ya estoy aquí, amiga mía.

MARTA.—..... Te pasaste cinco minutos. Temí, Laura, que no vinieras hoy y lo habría sentido mucho. ¿Demos una vuelta por el jardín?.....

Un personaje de estos tiempos, dijo: «Quien no gusta de los pájaros, la música y las flores, tiene alma de salvaje». Yo pues, mi amiga, por no parecerme á ellos gusto de todo eso, las flores, los pájaros y la música. ¿Qué te parece mi jardín?

LAURA.—Está precioso; ¡qué flores tan raras y tan lindas!

¿De dónde trajiste esta enredadera de copigüe, tan preciosa?

MARTA.—Del pueblo donde nací. Allí crece y se trepa á los robles, árboles hermosos y corpulentos, formando un espeso y matizado pabellón.

LAURA.—¡Qué lindo debe ser!

MARTA.—¿Quieres que nos sentemos dentro de este cenador?

LAURA.—Sí, sí, es muy de mi gusto, tampoco tengo alma de salvaje, amiga mía.

MARTA.—¿Reanudemos nuestra conversación anterior?

LAURA.—Bueno, Marta, pero dime: ¿Por qué hablaste como defecto de las tarjetas postales, y agregaste, con todas sus complicaciones?

MARTA.—Voy á decirte lo que pienso y lo que he visto.

LAURITA.—Extraño que no simpatices, cuando hay tan lindas tarjetas, y se venden en tan gran cantidad.

MARTA.—Muy bien hace el comerciante en expender un artículo que es del agrado del público. El mal está en el público que sostiene ese comercio.

Se ha desplegado gran habilidad en adornar esos pedazos de cartón ó de seda y las hay, como tú dices, muy lindas y valiosas. Se encuentran paisajes y monumentos preciosos que ilustran la imaginación; pero entre todas esas suelen encontrarse figuras inmorales, impropias de que se hallen en manos de la juventud.

LAURA.—Pero una niña no elegiría ésas.

MARTA.—Muy bien. No serían éstas las que eligiera; pero para elegir aquéllas, hay que mirar éstas.

LAURA.—Es indudable.

MARTA.—Cuando tú vas de paseo, ¿te place que tus hijitas vayan cambiando saludos y repartiendo sonrisas con jóvenes desconocidos, sin otra razón que el encontrarlos simpáticos?

LAURA.—¡Oh, eso sería una locura, que no tendría nombre!

MARTA.—Amiga mía, ¿qué otra cosa sucede con las tarjetas postales? Un joven, sin ser presentado, no se atrevería por respeto ni á levantar la cabeza delante de una señorita á quien acompaña su madre, mucho menos todavía á cambiar un saludo; pero una tarjeta ¡oh! una tarjeta lo salva todo.

Se va á un almacén, se elige una cartulina con una figura que ayude á descifrar lo que se quiere decir; se escribe algo muy inocente, un verso, una sentencia ó una sencilla frase y se envía por correo. Esta es recibida según el valor y la hermosura de la tarjeta, con un júbilo infinito de la niña y de toda la familia.

Con este motivo y esta facilidad, queda desde ese momento establecida la corriente de amistad y simpatía entre dos que no se conocían; pero, como es de regla, la niña debe corresponder con otra tarjeta á la amabilidad del desconocido y como esto es tan natural, nadie se atreve á prohibirlo. ¡Tú sabes, Laura, lo inexperta que es la juventud!

LAURA.—¿Y?

MARTA.—¿Crees que en todos los casos, concluye esa correspondencia entre la primera y segunda tarjeta?

LAURA.—Ó puede continuar.

MARTA.—Sí, puede continuar y dar por resultado una funesta pasión cuyas consecuencias no podrán evitar los padres.

LAURA.—Pero, ¡por Dios! ¿ha sucedido alguna cosa?

MARTA.—Voy á relatarte dos.....

Hoy lloran desesperados, pero ya no tiene remedio. En el segundo caso.....

aún no concluyen las citas.

LAURA.—¿De veras! ¡y yo tan cándida! Debiera haberseme ocurrido; pero francamente no me he fijado y en casa se ha gastado un platal. Como la moda es á quién reúne más tarjetas, yo misma he ayudado á formar esos álbumes!

MARTA.—Al darte mi opinión sobre lo que pienso y lo que he visto respecto á las tarjetas postales, no lo hago *regla general*, amiga mía, pero *si*, deje-

mos sentado: se presta para *graves* males y podríamos considerarlo como COSTUMBRE PERNICIOSA que se ha inventado para desmoralizar á la juventud

LAURA.—¡Y que puede dar desgraciados resultados!

¿Sabes que hay otra costumbre muy en boga y que no es de mi gusto?

MARTA.—¿Á cuál te refieres?

LAURA.—Á lo que llaman *pololeo*.

MARTA.—Encuentro una indiferencia culpable en las madres de familia, para no querer fijarse en lo que contiene esa nada graciosa palabra *pololeo*.

Nosotras, que somos las encargadas de conservar la pureza de las costumbres de nuestras hijas, como que han de desempeñar un papel tan importante en la sociedad, ¿cómo permitimos que se popularice un nombre que tiene mal significado y que desdora á quien lo acepta?

Me da pena, verdaderamente, cuando oigo á algunas señoras que con cierto airecillo de orgullo cuentan á sus amigas, delante de sus mismas hijas: «La fulanita tiene *pololeo* y la sigue á donde va»

Estas inocentes creaturas muchas veces se avergüenzan de lo que su madre dice; pero, no lo dudes, esa vergüenza, ese pudor natural irá perdiéndose poco á poco, hasta que desaparezca para no volver jamás.

Estas madres parece que se empeñan en hacer lo contrario de lo que dice Juvenal: «Nunca se sabrá respetar suficientemente la inocencia de un niño. La idea de la infancia levántese delante de vosotros para detener vuestra palabra ó acción indecorosa».

El amor de una madre, que llega hasta el sacrificio, ¿cómo no comprende que la inocencia y el pudor de una niña son el principio de su felicidad venidera? ¿No estamos palpando día á día que la mejor esposa es aquella cuya madre ha cuidado de sostener la pureza de sus costumbres?

LAURA.—Tienes razón: siempre me ha parecido una broma peligrosa y de mal gusto.

MARTA.—Lo que creo, Laura, es, que el espíritu del mal gana terreno introduciendo y haciendo gustables en nuestra sociedad vicios que combaten á la virtud. El *pololeo* lo llamaría yo *Inmoralidad Social*.

Se junta con el vicio de que acabamos de hablar, la libertad que se deja á la juventud.

LAURA.—¿Te refieres á que las niñas andeu solas? Mira, con respecto á esta costumbre, te diré: que *no* la desapruébo. Dejando á las jóvenes más libertad, son más desenvueltas, más espirituales.

MARTA.—La desenvoltura en una joven, cuya razón no está del todo formada, no sienta bien en todos los casos.

Te aseguro, amiga mía, que deseo para esposa de mi hijo una joven instruida y religiosa, sin esa desenvoltura. Soy partidaria de ese desenvolvimiento natural que da la buena educación, y creo que tú desearás lo mismo.

LAURA.—Sí, desearía una esposa para mi hijo tal como tú la retratas.

MARTA.—Me gusta más una niña que vaya acompañada de su madre, que no dejarlas marchar solas, por más que ésta sea costumbre antigua.

LAURA.—Es preciso que se cuiden á sí mismas, como que son señoritas.

MARTA.—Convengo en el comportamiento como señoritas; pero, amiga, ¿quién te asegura que no encuentren por el camino mozos que no son caballeros ó que son mal educados y se complacen en deslizar al oído de las jóvenes frases inconvenientes que las hacen ruborizarse y quizá perder el candor?

LAURA.—Se ha querido seguir entre nosotros una costumbre inglesa.

MARTA.—Sin fijarnos que no estamos en Inglaterra. Aquel país estará educado, tal vez, para esta costumbre; pero el nuestro dista mucho de estarlo. Quizá en tiempo lejano esta costumbre no tendrá riesgo.

¿No ves la multitud de jóvenes situados en las aceras ó á las puertas de los colegios, esperando á las señoritas para deslizar billetitos amorosos ó frases picarescas ó inmorales? ¿Es esto propio de un país culto?

Cuando viajaste por Inglaterra, ¿se te presentó en Londres este espectáculo? Yo puedo asegurarte que lo he visto sólo en mi país. Cuando yo veo estos grupos, pienso para mis adentros: ¡estos hijos son de los que no obedecen á sus padres, pobres de ellos! ¡pobres madres!

LAURA.—Por desgracia, esto es perfectamente cierto; pero creo que la policía debía tomar parte en este asunto, no permitiendo estas agrupaciones.

MARTA.—Sí, tal vez dices bien, porque alguien debe encargarse de remediar el descuido del centinela que se durmió á destiempo, es decir, la madre que no vigiló, ni se hizo obedecer de su hijo en tiempo oportuno.

Yo creo, Laura, que si no es estrictamente necesario, la niña no debe salir de casa sin la compañía de su madre.

Pero para esto es necesario que el ocio no las cause.

Aquí viene la necesidad de que la mujer sea instruída y trabajadora. Que principie desde temprano á ayudar á la madre en las atenciones interiores de la casa y de la familia, y éste será un atractivo para permanecer gustosa dentro de ella á imitación de la *Mujer Fuerte de la Escritura*: «Consideró los senderos de su casa, y no comió su pan en la ociosidad».

No digo que la madre se entregue todo el tiempo á las interioridades de su casa sin poner sus pies en la calle, nó: hay imprescindibles deberes sociales que no deben desatenderse y gustos de la juventud que no pueden contrariarse.

Ojalá pudiera decirse de todas las madres de familia como dice Monseñor Landriot—«¡Feliz la familia que así reposa bajo el corazón de una mujer piadosa! ¡Feliz el nido en que las alas de la madre se extienden para calentarlo ó se agitan á su alrededor para saber si hay algo que temer por la felicidad de sus hijos!» La niña entra en el mundo, sin desarrollo, dependiendo de su madre; ésta será buena ó mala como la madre lo desee y sin término medio, es un tipo que no satisface.

LAURA.—Realmente, es un bonito ejemplo el de la madre cristiana.

Son las cinco y media, ya es hora de irme; pero siento separarme de ti. Continuaremos mañana, ¿no te parece?.....;Adiós!

(Continuará).

MERCEDES C. ECHEVERRÍA DE VARGAS.



## Segundo Certamen de La Revista Católica.

---

### Conversaciones íntimas de Marta y Laura.

(Primer premio del I tema).

(Conclusión).

#### CONVERSACIÓN 6.<sup>a</sup>

MARTA.—.....Y tus hijos ¿cómo están, Laura?

LAURA.—Adelaida y Carolina salieron antes de almuerzo á casa de la modista y no habían vuelto todavía. Eudisia está muy entusiasmada estudiando un Ave María que piensa cantar con una amigueta en el mes de María que van á rezar en casa de la señora Roustót.

MARTA.—¿Qué es de tu esposo y de tu hijo?

LAURA.—Á Alberto lo sentí rabioso esta mañana, porque había perdido en las carreras. Yo le digo que se deje de este juego; pero nó, está enviciado, y tiene una suerte pésima.

Roberto, desde hace tiempo, triste, cada día más abatido.

MARTA.—¿Estará enfermo tu esposo, Laura?

LAURA.—Creo que nó.

Dime, ¿te gustan las novelas, Marta? Yo he leído muchas, y ¡tanto que me entretienen! Es lo único que leo.

Tenemos un estante casi lleno de novelas preciosas, será raro que falte alguna. Cuando tú quieras leerlas, están á tu disposición. Las niñas son tan constantes para esta clase de lecturas, que se amanecen leyendo y al día siguiente no se consigue que se levanten á almorzar.

MARTA.—Es verdad, hay algunos autores notables como Chateaubriand, Pereda, Manzoni, Coloma y otros cuya lectura encanta; suelo leer algunas de ellas. En la biblioteca de Eduardo, que regalé á Luis, tenemos varias novelas.

LAURA.—¿Sabes que los autores que me nombras, no recuerdo tenerlos en mi estante?

MARTA.—Por si no los tienes, te los recomiendo ó ven el día que gustes á la biblioteca y elige lo que más te agrade.

LAURA.—Gracias, amiga mía, y te acepto, porque estas novelas comunes son de estilo muy pesado y parecido.

MARTA.—Todos los días vamos á ese saloncito á leer algunos ratos; pero hay tantas obras útiles que ilustran la inteligencia y que son preferibles á las novelas.

Alejandra y Berta están traduciendo del inglés una obrita muy moral y muy graciosa que han elegido.

Piensan publicarla y su producto lo darán á una Sociedad á beneficio de señoras vergonzantes. Como á mí me ha gustado este idioma, me tienen ayudándoles también.

LAURA.—Tú posees bien el inglés. Yo cuando fui á Europa, tuve que aprender el francés, pero nó á la perfección; no tuve necesidad de perfeccionarlo, porque siempre estaba rodeada de tanto compatriota nuestro, que tenía poco tiempo para hablar francés, y casi lo he olvidado.

MARTA.—Malo, pues, Laura. Hay tanta obra útil en ese idioma que, á no haberlo olvidado, te entretendrías mucho leyendo.

Cuando joven estudié los idiomas francés, inglés y algo de italiano. He procurado no olvidarlos y me han servido en muchas ocasiones, y también para despertar el gusto y ayudar á mis hijos en sus lecciones del colegio. Magdalena tradujo del francés «Las virtudes de María, Madre de Jesucristo,» precioso librito. Les entretienen tanto estas tareas que no se acuerdan de las novelas.

Para las personas de experiencia como nosotras, las novelas son simples pasatiempos que no nos afectan en manera alguna; pero, lo que es á la juventud, ya es cosa distinta.....

No quisiera hablar de esto, Laura, porque voy á quitarte la ilusión ó voy á herirte en tus gustos.....

LAURA.—¿Qué ocurrencia! dímelo no más, que si me quitas la ilusión, será porque me has convencido con las buenas razones que tú tienes.

MARTA.—Pues bien, las novelas, con raras excepciones, al leerlas, no dejan más que un vacío en el corazón.

LAURA.—Pero ¿si hay algunas tan tristes!

MARTA.—Y ¿por qué hemos de entristecernos por una quimera, cuando nos falta tiempo para las penas de la vida real? La lectura de las novelas gasta el alma. Dar como entretenimiento lecturas de novelas á una joven, es como poner en sus manos una linda pero venenosa flor, que, á fuerza de aspirarla, le cansará vértigos y concluirá por debilitar su corazón.

LAURA.—¿Por qué?

MARTA.—La novela, generalmente, es una pérdida de tiempo y en los cerebros jóvenes desarrolla las pasiones. Te habrás fijado, en los salones, porque es lo que más abunda, en esas jóvenes románticas, llenas de melindres,

de posturas estudiadas: pero ¿qué quieres? son las reglas aprendidas en las novelas é imitación de un personaje de su gusto. En el terreno de la coquetería se llevan ellas la palma; pero, sácalas de ahí y llévalas, ¿dónde te diré? Por ejemplo, pregúntales si conocen á Don Quijote de la Mancha. Te contestarán con sonrisa graciosísima. «Yo no alcancé á conocer á ese caballero; pero mi mamá y papá fueron muy amigos de él». Así, si continúas una conversación semiseria, no podrán seguirte en ese terreno. De historia, por supuesto que nada saben, porque en el colegio estudiaron unas cuantas páginas mal aprendidas y luego las olvidaron. Fundamentos de la fe ¡oh! eso no lo han oído nombrar; «La tía Pepa» mucho menos, porque eso es anti-aristocrático. De Geografía dicen que Estados Unidos es una ciudad europea, etc.

Da vergüenza, mira, al ver un exterior interesante, una bellísima niña, ¡que encierre tanta ignorancia! pero, eso sí, muy versada en toda clase de novelas, que la madre no se encarga de elegir. Otra cosa, ¿crees tú que la lectura de novelas no tiene gran parte en la mala salud de las jóvenes?

LAURA.—No veo por qué

MARTA.—La vehemencia con que las jóvenes se entregan á esta clase de lecturas, las hace privarse del sueño, que nos es tan necesario. Duermen, cuando nuestros pulmones necesitan respirar ese aire fresco de la mañana. La fiebre que ocasiona el insomnio les quita el apetito, no se alimentan á tiempo y viene el debilitamiento y luego la anemia. La lectura de las novelas es dañosa, porque enferma el alma y el cuerpo y puede considerarse como un *mal social*.

LAURA.—Y en esto tenemos gran parte de culpa las madres, porque somos las primeras noveleras.

MARTA.—Exacto, y este vicio está ligado con la ociosidad. Las niñas deben aprender á coser y cantar en medio del trabajo: el canto parece tener alas que hacen volar la tristeza, dice Landriot, y es exacto, porque disipa todo otro pensamiento.

Es necesario, Laura, que las madres se preocupen de dar á sus hijas una instrucción sólida y dedicarlas á un ramo á que tengan afición particular; de este modo, estarían *así* como las vírgenes necias, si no con la lámpara encendida, prevenidas para cualquier eventualidad de la vida.

La mujer instruida, en cualquier grado de la fortuna, nunca es una carga pesada.

LAURA.—Ciertamente, Marta, que dices bien. La mujer instruida no es una carga pesada; pero ¿cómo se pasan las horas contigo, mi única amiga! Cuando me separo de tí, me siento muy sola.

MARTA.—Gracias, mi querida Laura. Mañana, si el día está como hoy, nuestra conversación será en el Parque, ¿qué te parece?

LAURA.—Me agrada sobremanera. ¿Vamos en mi coche ó me llevas en el tuyo?

MARTA.—Á mí me toca ir á buscarte y tendré el gusto de ver á tus hijos.....

Adiós.

## CONVERSACIÓN 7.ª

MARTA.—¿Qué bien están tus niñas, Laura, y Eudisia ha adelantado mucho en el piano!

LAURA.—Podrían saber mucho más, pero son tan caprichosas. Adelaida y Carolina cantaban; de repente no quisieron hacerlo más, y ¡a mí que me gusta tanto el canto!

¿Cómo encontraste á Roberto?

MARTA.—Es verdad que algo tiene este caballero, debe de estar enfermo, LAURA. ¿Por qué no se lo preguntas?

LAURA.—Le pasa algo muy grave á mi marido. Dos días hace que no ha salido y permanece encerrado casi todo el día

Hoy sí, salió muy de madrugada, los sirvientes se han admirado, porque por costumbre se levanta á las doce.

MARTA.—Y ¿no te has impuesto por qué?

LAURA.—Pero, si temo que principie con recriminaciones. Ayer después de almuerzo, las niñas le pidieron dinero para comprar algo. Se quedó como pensativo y en seguida sacó su cartera y así como nervioso, dejó caer tres billetes sobre la mesa y dijo: ¡Vaya, ahí tienen, para las tres! Carolina le dijo: pero, papá, \$ 100 para cada una es muy poco: el sombrero que sólo es regularcito, me cuesta \$ 40: ¿qué me queda para un traje? Las miró un momento y me pareció ver que los ojos se le llenaron de lágrimas, se encogió de hombros y salió. Las chiquillas se quedaron enojadas.

Pero yo me quedé muy pensativa, mira.

Parece que una nube negra se cierne sobre mi cabeza.....  
¡dame un consejo!

MARTA.—El coche nos espera, ¿vamos?

LAURA.—Sí, ¡vamos! ¿No te digo? no es en mi casa donde está la tranquilidad!.....

MARTA.—¿Qué ambiente tan agradable! ¿no es verdad?

LAURA.—Sí, se siente una brisa tibia y suave; pero yo, amiga mía, todo lo veo triste, todo oscuro.

¡Hay en mi alma, hace mucho tiempo, una inquietud, una intranquilidad, que me hace muy pesada la vida!

Y tus hijos, ¿cómo están?

MARTA.—¡Bien, gracias! Dejé en casa á Berta que venía á llevarse á Alejandra, porque andan las dos en unas diligencias que las tienen muy preocupadas.

LAURA.—Sí, ¿en qué?

MARTA.—Descubrimos en días pasados, en un conventillo horripilante de malsano, húmedo y oscuro, como hay muchos, querida mía, que sus dueños no se preocupan de componerlos sino de recibir el dinero; á una señora, joven todavía, de buena familia y muy enferma, con una niñita

de ocho años, también enferma de la vista. Por no entristecerte más, no te contaré el cúmulo de desgracias y cómo ha llegado esta pobre creatura á este estado lamentable de miseria; pero ¡qué fe tiené en que la Santísima Virgen la ha de proteger!

Hablábamos compadeciendo á esta señora, cuando llegó Berta y se impuso de lo que acontecía: vamos á verla, mamá, me dijo.

Fuimos: ¡no sé decirte la pena que le causó el estado de la enferma! Me dijo: mamá, tengo en mi bolsillo el dinero para comprarme un rico traje, porque debemos asistir á una recepción; pero no tengo valor de gastar esta plata en un vestido, cuando con ella prodriámos sacar á esta señora de tan triste situación. Yo haré arreglar uno de mis vestidos con nuevos adornos y parecerá flamante. Le dije: tú lo verás, hija, si conoces que tu marido no lo tendrá á mal, puedes hacer lo que tu corazón te dicte.

Entonces Alejandra se ofreció á adornarle el vestido, ayudada de nuestra costurera; para que ahorres, le dijo, y ese dinero se lo demos á la señora.

En el momento se fueron á buscar una pieza cómoda, en una casa decente; la amoblaron con esos mueblecitos que siempre es tan de más en todas las casas é instalaron ahí á la señora con su hija. Pero, Laura, revivieron mira. Á los ocho días eran otras, ¡cuánto abate la pobreza! Resulta que son muy inteligentes y trabajadoras.

Se les compró una máquina de coser y les buscan costuras entre las amigas. Á la niña van á ponerla al colegio y Alejandra le está dando lecciones de piano. Berta paga la pieza y le dice: lo haré hasta que Ud. mejore de fortuna. Á tan poca costa que puede hacerse el bien, ¿no es verdad?

LAURA.—¿Qué dice ella?

MARTA.—«¡Es un milagro, la madre de los desamparados ha venido á favorecernos! Le suplicabámos tanto las dos con mi hijita, que nos ha oído. Hace tres días vendimos la última prenda que me quedaba, el anillo de matrimonio, y hoy no teníamos un pan y ¡yo enferma en una cama! ¡qué prodigio Dios mío! Sólo podemos explicarnos que sucedan tales maravillas, cuando pedimos con toda fe el auxilio de la Reina de los cielos!»

La sirvienta que llevaba Berta, que, poco ha, había entrado á su servicio, al ver la fe con que hablaba esta señora, se conmovió tanto, que prometió solemnemente ser muy devota de la Santísima Virgen. Dijo: que ella no entendía de religión ni jamás iba á las iglesias, porque no había tenido madre que tal cosa le enseñara.

LAURA.—Ese cambio de situación tan repentino y de tan extraño modo, en realidad es como prodigioso. ¡Cuánto debe gozarse después de hacer tan buenas acciones!

MARTA.—¿Quieres que bajemos á tomar asiento á la sombra de este hermosísimo árbol?

- LAURA.—Sí, con mucho gusto, Marta, y qué bien estaremos allí!..... El verde y frondoso follaje de este árbol es aparente para ocultar la tristeza de mi alma!
- MARTA.—Nó, querida amiga, no te arredres, las penas pasan. Hablemos de otra cosa.
- Hace poco, me pedías un consejo: bien quisiera yo dártelo, amiga mía; pero ¿sabes tú, acaso, el asunto de que se trata?
- LAURA.—Pero ¿no está muy claro, que una desgracia, un sufrimiento, pero muy grande, se nos viene encima? Las palabras sentenciosas de mi marido «estamos arruinados» suenan en mi corazón y á mis oídos como un grito de agonía.....¿Quieres explicarme el sentido de estas palabras?
- MARTA.—Bien pudiera suceder que le faltara el dinero para cumplir sus compromisos.
- LAURA.—Y ¿no está ahí la hacienda, el palacio en que vivimos? ¿por qué no hipoteca estas propiedades mientras obtiene dinero?
- MARTA.—.....Y ¿si estuvieran ya hipotecadas?
- LAURA.—¡Oh, por Dios! ¿y las cantidades de dinero que tenemos en los bancos, y mi patrimonio?
- MARTA.—Y ¿si nada de eso existiera, querida Laura?
- LAURA.—¡Maldición! no me lo digas, me moriría de desesperación, maldeciría la hora en que reuní mi suerte á este hombre.....
- MARTA.—Más calma, Laura querida, atiende que lo dicho no son más que suposiciones, tal vez no hay desgracia como tú crees.
- LAURA.—.....;Puede ser!
- MARTA.—Cálmate, mi amiga, y desviémonos un poco de esta triste conversación.

Nos afanamos, amiga mía, por buscar la felicidad terrena, pero jamás la encontraremos, si no se estudia la verdad, y ésta no es otra que el cristianismo.

Ninguna doctrina está mejor establecida, ninguna descansa en pruebas más claras y sencillas que el Catolicismo.

El católico cree lo que la Iglesia enseña, porque es la depositaria de la revelación de Jesucristo, predicada por los Apóstoles.

LAURA.—Mira, tengo momentos en que de todo dudo, nada creo; pero te diré también que esta cuestión la he estudiado muy poco ó muy por encima.

MARTA.—¿Sí, querida Laura?—Pero la *existencia* de Dios, así como la de Jesucristo su hijo, es innegable. Jesucristo, por ser Hombre y Dios, tuvo el poder de resucitar á Lázaro, dar vista á los ciegos, hacer hablar á los mudos, salvar de la muerte del alma á María Magdalena, perdonar en la cruz á sus enemigos y por último, resucitar Él mismo al tercer día y subir al cielo en presencia de muchos.

LAURA.—Disculpa mis preguntas, Marta. ¿Sería cierto todo esto? ¿no serían invenciones del fanatismo religioso?

MARTA.—Son muchas las pruebas que tenemos de que Jesucristo, el Hijo de Dios, vivió entre nosotros. Son muchos los autores respetables, cristianos y paganos, que hablan de su existencia, si no bastaran los milagros que jamás hombre alguno ha podido hacer, para probar que existió. Mi razón me dice que sólo un Ser sobrenatural pudo dictar lo que se llama mandamientos de la ley de Dios, que es todo justicia, y N. S. J. confirmó los diez mandamientos y mandó a los Apóstoles que los enseñasen por todo el mundo.

LAURA.—¿No sería Moisés?

MARTA.—Ese sabio legislador se encargó de transmitirlos al pueblo, pero él jamás se dijo ser Dios, sino que creía y obedecía la voz de Dios.

En su bondad infinita, Dios nos envió su ley ¿para qué?

Para que, observándola, fuese un lazo de unión entre todos los hombres del mundo y Dios.

LAURA.—Que casi nadie observa, sino con raras excepciones.

MARTA.—Peor para nosotros. Extraviamos nuestro criterio no siendo buenos; por eso nuestro castigo, muchas veces, principia desde este mundo.

LAURA.—¿Qué gusto puede tener Dios en castigarnos? Y si sabía que íbamos a pecar, ¿por qué, entonces, lo permitió?

MARTA.—Yo, amiga, me explico de este modo. Cuando Dios le dió vida al hombre, juntamente le dió también la inteligencia; debió ser sin duda para que supiera distinguir el bien y el mal. Culpa es del hombre, si no se aprovecha del bien, y es muy justo que reciba el castigo si es que se inclina al mal.

Si el malvado muere en su pecado, ¿qué razón habría para darle un premio? Tú ves que en las leyes humanas, que han de ser una imitación de las divinas, se castiga al perverso.

LAURA.—Esto es verdad, y no sería justo que el que ha querido por su propia voluntad seguir la idea del mal, obtuviera recompensa; no me había fijado en esto. ¿Qué otra prueba tienes, además de los milagros, de la existencia de Jesucristo?

MARTA.—La era cristiana sólo cuenta 1904 años.

En los primitivos tiempos, para enseñar la doctrina de Jesucristo, los propagadores de esta doctrina, por retraerse de la terrible mirada de los Césares, tuvieron que ocultarse en las entrañas de la tierra. Allí, en aquellas catacumbas preconizaban las enseñanzas de Jesucristo y luego después salían de aquella obscuridad fortalecidos con la luz divina, confundiendo a su paso al oscuro paganismo.

¿Quién, sino una fuerza superior, podía darles tanta energía y fortaleza para aceptar gustosos los más crueles sufrimientos y abrirse paso hasta colocar a la mayor altura la divisa del cristiano, la cruz donde murió nuestro Señor Jesucristo?

LAURA.—¿Cierto, cierto!

MARTA.—¿Puede haber algo más patético, más sublime que el sacrificio de los innumerables mártires? ¿Por el fanatismo, llegarían a olvidarse de

sus propias vidas, las madres soportar con valor heroico el espectáculo de ver arder en las hogueras á sus amados hijos?

LAURA.—Nó, jamás: sólo por el convencimiento de la verdad y por la fuerza de una divina luz, podían obrarse tales milagros!

MARTA.—¿Sí, sólo la fe divina podía darles tal firmeza!

*Jesucristo no admite iguales, ante Él todo es pequeño y limitado.*

Todo pasa, todo muere; pero Jesucristo no pasa, ni muere. Nuestra religión, extendida por todo el mundo, hace callar al ateo, al materialista. Al rededor de la cruz de N. S. Jesucristo giran los grandes problemas de la humanidad.

LAURA.—Sí, todo está sujeto á su mano poderosa! La hoja del árbol, que germina y crece, no se mueve sin la voluntad soberana de Dios!

MARTA.—Á la sombra de la cruz, de ese árbol sacrosanto, cuando cansados del camino de la vida, nos cobijamos bajo sus ramas bienhechoras; refrescada nuestra alma, nos sentimos con nuevas fuerzas y continuamos adelante hasta acabar la jornada.

Laura, óyeme bien, amiga mía: La mujer que no acepta la cruz, como el áncora de salvación que une la tierra al cielo, morirá con su poca fe y se desvanecerá como la niebla á la salida del sol. No podrá decirse: «vivirá largos años sobre la tierra» ¡el día de mañana, nadie se acordará de ella!.....;Sólo Cristo reavivará sus mortales despojos cuando la trompeta del Ángel la llame de nuevo á la vida!

LAURA.—¡Oh Dios mío! ¡Cuán culpable indiferencia es no estudiar estas sublimes verdades! Estas enseñanzas hablan al corazón.....;Desdichada la mujer que principia y acaba la carrera de su vida sin el conocimiento de Dios! Será como un bólido desprendido de las alturas, que gira sin rumbo fijo y atraviesa el espacio con vertiginosa carrera y al caer despedazado, hace trizas la peña donde chocó.

¡Oh, me figuro hecha trizas á mi familia y yo he tenido la culpa!.....

MARTA.—Más calma, amiga mía! Sin embargo de todo, Cristo nuestro Dios, seguirá como el sol inextinguible, iluminándonos desde su pirámide eterna é inmovible.

Y María Inmaculada, la mujer bendita entre todas las mujeres, continuará siendo la abogada de nosotros pecadores. Nos habla al corazón diciéndonos: «Cuando de veras me invocas, soy la inseparable compañera de la inocencia; la estrella que guía y consuela al navegante, cuando la furia de los embravecidos mares, lo aflige en noche tempestuosa. Soy amparo del huérfano y de la viuda y le muestro el cielo diciéndole: ten paciencia, hija mía, yo en la tierra tuve el corazón traspasado de dolor!»

LAURA.—¡Madre mía, madre mía!

MARTA.—Prosigue diciendo: «Cuando en la soledad de las selvas, la campesina de tostado rostro; la mujer que sirve á despóticos amos; la obrera fatigada de su labor diaria, que con un grito del alma y en medio de su aflicción me llama: «María, ven á mi socorro», ¿no soy la mensajera de la paz y el consuelo en sus aflicciones?»

«Fuí en la tierra el modelo de humildad, sumisión y recato de la esposa fiel. Imitadme y acordaos que soy vuestra madre!»

LAURA.—;Madre de misericordia, acordaos de mí!

La mujer incrédula y sin fe no tiene el consuelo de llamar, en medio de sus alegrías ó afficciones á María, que fué en la vida Madre de Jesucristo y hoy la Reina de los cielos!

En todos los estados y condiciones de la vida, pobre ó rica, soltera, casada ó viuda, ;María es el único refugio!

Yo te imploro ;oh María, más pura y más bella que la azucena de los valles! Casta esposa, madre affligida, estrella de los mares y consuelo del desgraciado! Ampara á la juventud de mi patria, cubre á la inocencia con tu manto virginal y lleva nuestra humilde plegaria ante el trono del Señor!

LAURA.—.....No me interrumpas, Marta. Déjame así, de rodillas.....y que mi plegaria suba también ante el trono del Eterno!.....

¡Ah! si te hubiera conocido antes, mi dicha no habría concluido..... Pero la nube negra se descarga ya sobre mi cabeza!

MARTA.—Aun es tiempo, Laura, abrázate del madero de la cruz é invoca á María, como madre de clemencia, y ten valor!

LAURA.—Vuélveme á casa, y si mañana no voy á la tuya, ven á verme, te lo ruego.

Necesito estar sola para llorar; pero nó con el llanto de la desesperación que poco antes me agobiaba. Las enseñanzas de la religión católica que tú has logrado inculcar en mi alma y el ejemplo de las virtudes de María, han penetrado en todo mi sér y me siento más tranquila. ;Dios mío, que se haga tu voluntad!

MARTA.—;Muy bien Laura, Dios te ayude y te bendiga!.....  
;Subamos al carruaje?..... Ten valor, y cualquier cosa que te suceda, por grande que sea ;*más grande es Dios!*

LAURA.....Adiós, mi buena y caritativa amiga!

MARTA.....Una palabra: tu insignificante amiga, *el cielo me es testigo*, no te abandonará jamás!.....Hasta mañana!

#### CONCLUSIÓN.

Han transcurrido dos años.

Veamos lo que ha sucedido á la familia de Laura Enzo.

El señor Roberto, esposo de Laura, es en la actualidad un respetable campesino, administrador general de las haciendas de la familia de Marta Lahiedra. Su hijo Alberto, después de quedar sin bienes de fortuna, se entregó á la disipación más completa y llegó hasta perder la salud; pero los ruegos de su madre á la SSma. Virgen para que le trajera á su hijo, lograron por fin que arrepentido volviera á su hogar. Desgraciadamente, los asiduos cuidados de su madre no impidieron que la enfermedad siguiera haciendo estragos en aquella naturaleza debilitada, hasta llegar á término fatal.

Al poco tiempo después de reconciliarse con Dios y pedir á sus padres que lo acompañaran á recibir los santos sacramentos, momentos después, con un crucifijo en las manos y con afable sonrisa, se despedía con estas cristianas y edificantes palabras: «¡Madre querida, padre mío, os espero más allá!» y expiró.

Adelaida, con energía poco común, se entregó de lleno al estudio del dibujo, de lo cual tenía ya principios y quiso ejercer, gustosa, el puesto de profesora en un liceo de esta ciudad. A los seis meses después contrajo matrimonio con un excelente y virtuoso joven, que el Gobierno mandó en comisión á Europa, y han partido hace dos meses.

Eudisia, hace poco más de un año, que es esposa de mi hijo Luis, y Carolina con semblante plácido dice: «Espero dejar contenta y entretenida á mi mamá con su primer nieto, para ir á tomar el hábito en el lugar que me tienen reservado las Hermanitas de los pobres, para lo cual tengo el consentimiento de mis amados padres.

Alejandra ha abandonado por el momento sus pinceles para visitar la República vecina; se ha casado con un apreciable joven argentino y anda en viaje de placer.

Laura y Marta somos dos madres que vivimos fieles á nuestra antigua amistad, enlazada ahora por el cariño de dos hijos queridos, Eudisia y Luis.

Laura ha dicho: Marta, no es el dinero el que da la felicidad, sino la *virtud*; ella trae á nuestra alma la paz y la tranquilidad.

MERCEDES C. ECHEVERRÍA DE VARGAS.

